

servador y cierta entonación lírica, como asimismo una verdadera capacidad de narrador. Además, sabe satirizar con certeza la vida social, evidenciando sus corrupciones y prejuicios con no escasa energía. Pero estas cualidades pronto se diluyen al demostrar Turrent la intención política que es la que auténticamente anima el relato y el objetivo que lo ha impulsado a escribir, dominando toda la dimensión de la obra, y como consecuencia, desmereciendo notablemente en el aspecto literario o artístico. Concluye siendo una obra de propaganda para la ideología sustentada por el autor.—ARTURO TRONCOSO.



MACAMBIRÁ. por *Coelho Netto* (L'édition française illustrée. París, 1934).

No es nueva la interpretación del negro en la literatura brasileña del siglo XIX.

Desde el épico libro de Euclides Da Cunha sobre la selva de Minas Geraes, innegable antecedente de «La Vorágine» de Ribera y del «Infierno verde» de Rangel hasta «El Mulato» de Aluizio Acevedo, la tragedia del mestizo, en el campo y en la urbe, era un motivo esencial, imprescindible en aquella sociedad en formación.

Europeos los primeros, vieron como espectadores la maravilla del sertao; mestizo, el segundo, sintió en carne propia la tragedia del mulato frente a los portugueses y sus descendientes, excesivamente europeizados.

La masa popular era negra y descendiente de negros, en el interior y en la costa. Puede decirse que el indio se ha disuelto en esta marea de ébano que dió su fisonomía sensual, rica de color y fecunda de formas, al pueblo brasileño. Desde las danzas,

la machicha, histérica y movida, hasta los cantos populares en que se mezcla el fado con los gritos primitivos, importados de Africa.

A causa de esto, el nativismo del Brasil está hecho a base de los negros, de moros o mulatos o de caipiros que, como el roto o el raído paraguayo se contentan con un plato de porotos u unos cuantos plátanos, cogidos a la orilla de la selva.

La libertad de costumbres, la obediencia a los instintos, más si están esclavizados, porque la embriaguez, el asesinato, o el motín son como una rebeldía inconsciente del servilismo, le ha dado a este pueblo una fisonomía peculiar que el trópico enmarca en una decoración sonora y grandiosa.

En la novela brasileña ha ocurrido, una vez que se independizó de los portugueses o de la influencia de Francia, un fenómeno semejante al de la literatura americana de los primeros años del siglo XX.

Mackay, Dreisser, Sherwood Anderson han hecho del negro el héroe de sus novelas y en la interpretación de su destino trágico gesticula una actitud rebelde, una crítica social, diluída en las peripecias de la fábula.

Coelho Netto es uno de los primeros escritores que enfocan el problema del negro en la moderna literatura brasileña; es, al mismo tiempo, uno de los primeros que hacen de la literatura una profesión. Sintió, naturalmente la indiferencia del público, poco habituado a los libros que pintaban a su país.

En una de sus novelas de iniciación, simbólicamente titulada «La Conquista», que consagra a la juventud entusiasta y bohemía que fundaba revistas y diarios en Río de Janeiro, uno de los personajes explica la actitud del escritor, frente a su público, de la manera siguiente:

«Se dice que el Brasil tiene trece millones de habitantes, más o menos. De éstos, doce millones doscientos mil no saben leer. De los doscientos mil restantes, ciento cincuenta mil no

leen sino diarios, cincuenta mil libros franceses, treinta mil traducciones. Otros quince mil leen el catecismo y libros piadosos, dos mil estudian a Augusto Comte y unos mil compran libros brasileños».

—¿Y los extranjeros?

—No leen nuestros libros. Brasil es un país perdido».

El cuadro es desolador y hasta más tétrico, si cabe, que en Chile y Argentina, pero Coelho Netto se refiere a la segunda mitad del siglo XIX y el aspecto de la cultura ha cambiado en forma considerable en el Brasil y en casi todos los países de América del Sur.

Siguiendo una evolución muy explicable en la literatura de América, después del 900, incluyo también a los Estados Unidos, Coelho Netto deja la capital, Río de Janeiro, materia de sus primeras obras para ir al descubrimiento del sertao, del matto, vasto mundo aun intocado por los escritores.

Es como ir en busca del alma obscura y enorme de la nación brasileña.

Con su novela «Sertao», el mismo título de Euclýdes Da Cunha, aunque en singular, inicia el novelista sus relatos del interior, de las avanzadas del progreso en la selva, donde el destronador negro lucha con su machete civilizador contra el alma satánica del Infierno verde, con las sequías que hacen estallar los árboles como granadas o contra la tempestad violenta que mata a los animales, ya incorporados a la vida de la hacienda y destruye la obra, creada pacientemente por el hombre.

Desde esa novela, Coelho Netto no abandona ya la interpretación del matto.

Cuentos y dramas de la vida de los negros, precederán a Macambirá (el rey negro) su obra maestra.

En la factura de este libro, en los trazos amplios y elementales, muy de acuerdo con la primitividad del medio y de los habitantes, hay algo de la técnica de «Canaán» de Graca Aranha.

Un amplio sentido colectivo, un clamor épico en que hombres y paisajes se funden en el movimiento de los machetes al caer sobre los troncos y de la lucha con la hostilidad de la naturaleza tropical. Canto heroico al país que va a nacer.

«Macambirá» es un fresco colorido y pujante del conflicto de razas en medio de las *fazendas*, creadas por el esfuerzo colonizador de portugueses y alemanes en la tierra conquistada a la selva virgen.

Nada significa la sencilla fábula de este Macambirá, hijo del rey Munza, arrebatado por los negreros del Africa y trasladado al Brasil en contra de su voluntad.

Por muy emocionante que sea la desgracia de la mulata Lucía, violada por Julinho, el hijo del patrón y el nacimiento del hijo de ojos azules, durante la ausencia del marido. Macambirá, no es lo que da su valor real al libro de Coelho Netto. Ya el asunto del patrón, violador de las mujeres de sus inquilinos y de la venganza de éstos, es lugar común en la literatura rústica de América, desde México hasta Chile.

El valor del libro reside en la maravillosa descripción del medio selvático. Coelho Netto ha sentido el bosque con la calidad de un poeta épico y con todos los matices coloristas de un escritor moderno.

Nadie quizá, ni Ribera ni Hudson, grandes intérpretes de la selva americana, han logrado darnos en una forma más directa y real la tumultuosa fermentación de la floresta virgen, con su aletear de pájaros, la sordina de sus insectos monstruosos y el clamor de las cascadas bajo la bóveda temblorosa y eternamente verde de los árboles.

Macambirá, con su alta talla y sus ademanes señoriales, es como el resumen de la colonización.

«Macambirá era un bello tipo de su raza. A los treinta años, sano, grande, recto como una columna, tenía el porte esbelto, ágil, la elegancia viril y graciosa de un atleta».

«Su color brillaba en el rostro como un lustroso barniz. Poca barba, dos manchas ligeras en cada mejilla. La boca fuerte cerrábase en dos labios gruesos; en los grandes ojos, severos, de un brillo fijo se posaba la autoridad».

«La austeridad de sus gestos, su aire taciturno y reservado se imponían a sus compañeros que lo respetaban y lo temían, concedores de su valentía, probada en los encuentros de la montaña y en las acechanzas que le habían tendido los negros de una hacienda vecina».

He aquí dos momentos de la vida de la selva.

«Bienteveos, en lo alto de los cocoteros, respondían irónicamente a la carcajada de los sanharos».

Los anuns revoloteaban en las ramas bajas; de tiempo en tiempo, con la rítmica regularidad de un péndulo, un grito de pájaro partía la espesura de la fronda».

«El aire era sofocante, impregnado de la quemante evaporación de la tierra. Los ramajes reseco crujían y estallaban. Golpes de viento movían las hojas, hinchaban la ropa puesta a secar en las ramas y levantaban torbellinos de polvo».

O bien:

«De tiempo en tiempo, en el silencio encendido vibraba el canto marcial y metálico de un gallo. Luego volvía el silencio, plácido, letárgico, denso de fastidio».

«A lo lejos, sobre los cerros de un azul borroso, la luz parecía pulverizada y las praderas cultivadas, cortadas por los caminos tortuosos, temblaban con un estremecimiento luminoso, y continuo como reflejados en un espejo vibrátil».

Dentro de esta atmósfera alucinada, el rey negro, Macambirá, apuñaleará una noche a Julinho, el causante de su desgracia, en la soledad del sertao, bajo un arco de luciérnagas azules.

Coelho Netto inicia la interpretación novelesca del matto, de la fazenda pululante de esclavos y de la psicología del mulato

que, años más tarde, formará uno de los aspectos más característicos de la literatura moderna del Brazil.

Y no sólo en la novela, donde ya hay libros como «Urupes» de Monteiro Lobato y «Macunaíma» de Mario Andrade, sino en la poesía, multisonora y vibrante, rica de metáforas y de ritmos inesperados.—MARIANO LATORRE.